



VIAGE A LA NUEVA GRANADA.

Un viajero nos ha comunicado la relacion de una incursion que hizo en 1846 á los puntos mas desconocidos de la nueva Granada.

La relacion dá principio en Pasto, pequeña ciudad de la nueva Granada, situada en un valle fértil, en la que dicho viajero fué perfectamente acogido por el gobernador, el obispo y comandante de la guarnicion. Asi que el obispo tuvo conocimiento de que el objeto del viaje era científico le ofreció hacer venir de una aldea, cuyo nombre era Santiago, 25 indios y el párroco del pueblo, quien le serviría de guía al menos durante los primeros dias. La oferta del obispo fué aceptada con gusto, y el mismo dia se envió un correo á Santiago, distante de Pasto tres jornadas. El 1.º de marzo don Fernando, cura de Santiago, entró en casa de nuestro viajero acompañado de 25 indios semi-salvajes, entre los cuales había tambien una india.

Los 24 hombres no eran de grande estatura, puesto que ninguno pasaba de 5 pies y 3 pulgadas, pero sí fuertes y vigorosos y de aspecto hermoso; su cabellera era larga y negra, sirviéndoles para garantirse de la lluvia, porque no gastan ninguna clase de gorras. Los casados se distinguen por una especie de cinta azul, bordada de encarnado, con la que rodean la parte superior de la cabeza; cinta que la trabajan sus mujeres y que la renuevan cuando está muy gastada ó la pierden. Las mujeres llevan un collar de cuentas de vidrio azules y encarnadas, enriquecidas con grandes pedazos de nácar. Este collar le reciben de sus maridos el dia de su casamiento: tambien llevan pendientes de perlas encarnadas de figura de perillas, concluyendo por una gran concha. Su traje consiste en un pedazo de lienzo que tiene dos aberturas para pasar los brazos, ellas le atan á la cintura para formar el talle y le arreglan en la parte superior con bastante gusto.

El color de esta raza de hombres no se puede calificar sino con el título de neutra; no son rubicundos, ni mulla-

tos, ni tampoco negros. Los 24 hombres y la muger se colocaron bajo una galería frente de mi puerta, comieron y se entregaron al sueño. Hice amistad con el cura, quien comió conmigo y convenimos en que al amanecer del dia siguiente dispondríamos la marcha de los indios que debían llevar las cajas y equipaje. A las seis de la mañana del dia siguiente 18 indios salieron cargados de provisiones para un mes y de las cosas mas precisas é indispensables para la expedicion. El cura nombró tres que debían mandar á los demas, y ayudarles en caso necesario. Convinimos tambien en que esta vanguardia nos esperaría en Santiago, villa habitada por la mayor parte de ellos, no quedándose con nosotros sino seis indios y la muger; los cuatro mas robustos fueron destinados para mi servicio cuando tuviesen necesidad de estriberos, es decir, para conducirme en sus espaldas segun se vé en la lámina; por turno ó alternativamente se destinó otro al servicio del encauro, esto es, para tener cuidado de la comida del dia: el otro se encargó de cuanto tenia conexion con lo perteneciente á dormir, dándole el nombre de camero, y en fin la muger fué destinada á llevar una gran caja con separaciones, en donde iban los pollos y las gallinas.

Saliendo de Pasto, puede caminarse á caballo cerca de dos leguas; por lo tanto el dia 3 de Marzo el viajero y el cura montaron á caballo, pero los caminos son tan escabrosos y ásperos que necesitaron mas de cinco horas para llegar á la aldea de Laguna.

Dásele este nombre por hallarse situada cerca de un lago de una estension inmensa, lleno de dantas, animales que buscan las cercanías del agua, y que se arrojan á ella cuando los persiguen. Es imposible caminar por la orilla de este lago por estar rodeado de bosques espesos y de una vegetacion tan feráz, que solo las dantas y gazapos pueden penetrar.

La gente de la posada en que me detuve, dice nuestro
25 DE MARZO DE 1849.

viagiero, teniendo noticia de que buscaba animales, me citaron uno cuya aparición en el lago y sus cercanías era de tarde en tarde, y las huellas que dejaba daban á conocer que sería un animal mayor que un elefante. Según la descripción de estas gentes estaba cubierto de una piel parecida á la del camello, y su fuerza debía ser bastante notable. Un hombre de la aldea aseguró que siguiendo un día las huellas de este animal, encontró un oso hecho pedazos por él, mas con todo sostienen que es herbívoro (1).

El 5 de marzo abandonamos esta última aldea de la parte civilizada de la Nueva Granada. Uno de los indios que estaban á mi servicio hizo de mí un fardo lo mas cómodo posible para él, sin cuidarse de la dolorosa y fatigante posición en que me ponía, y me echó al hombro como lo pudiera hacer un mozo de cordel con una maleta ó baul. Uno de los estriberos del cura le trató de la misma manera y echamos á andar en la persuasión de que en lo sucesivo nuestro camino sería el de los tigres y de los osos cuando atraviesan un bosque. A semejante modo de caminar le dan el nombre de tabillito en que se va sentado mucho menos cómodo que el de la silla, silla toscamente labrada en la que se sienta el viajero y que también el indio se la carga á la espalda. Este modo de caminar está introducido en muchos puntos de América del Sur para los pasos peligrosos,

(1) La historia de un animal gigantesco cubierto de una gran cabellera y que habita en la parte superior de la cordillera, no solo tiene cabida en la provincia de Pasto, sino también en el Popayan que está próximo. En esta última se le conoce con el nombre de Pinchaque ó Panchique, palabra que en lengua de los indios significa espectro, fantasma. En el tomo V de las memorias de sábios extranjeros se lee lo siguiente.

«Este animal, de que con frecuencia hablan ciertos indios vecinos al Popayan, existe según ellos en las montañas cuyos valles son limitados ó cortos por la parte de Este. Para ellos es un objeto de temor y respeto á la vez, porque mezclando á la religión cristiana que hoy profesan, recuerdos de su antigua religión, viven persuadidos y creen que el alma de uno de sus principales jefes ha pasado al Pinchaque, y cuando aparece suponen viene á advertir á sus descendientes alguna desgracia que les amenaza. Dicen que esta aparición siempre se verifica al anochecer, y también ya entrada la noche, las mas veces á las inmediaciones de un bosque en donde penetra con gran ruido. No se le vé en todas partes, y cuando llega á manifestarse suele ser comunmente cerca del páramo de Polindara, montaña elevada, y á dos leguas del volcan de Puracé. Las noticias de los indios están conformes en todos estos pormenores, difiriendo únicamente en la talla del Pinchaque: los que menos exageran dicen es como un caballo, mientras otros le hacen de una altura desmesurada, y algunos habitantes del Popayan se persuaden que es real y efectiva la existencia de este animal y no desespieran de encontrarlo. Guiados por los indios de la aldea mas cercana al páramo, algunos cazadores superando obstáculos y atravesando la espesura y fragosidad de la montaña, llegaron hasta la parte que está desnuda de vegetación. Casi en la cima de la montaña encontraron numerosas pisadas de nueve á diez pulgadas de longitud, y en un sitio donde al parecer habían permanecido muchos animales de la indicada especie, multitud de excremento de cinco pulgadas en su mayor dimension. Los cazadores, habiendo penetrado en el bosque, en que al parecer había señales inequívocas de la existencia de tales animales, uno de los guías que se había separado de los demás oyó entre las ramas un ruido que dijo no podía ser sino de un animal gigantesco. En fin, uno de los cazadores habiendo hallado enredado á la corteza de un árbol y á una altura de mas de ocho pies, un mechón de pelo largo y castaño, juzgó que debía ser de algun animal que habría pasado por debajo del árbol y que su altura sería lo menos de ocho á nueve pies. Se envió á Bogotá una porción de este excremento y examinado se halló vestijios de *Frailejon* (*Espeletia*) y de *Chusque* (*Nactus chusque*) plantas que forman parte del alimento de los Dantas ó gazapos de las cordilleras, y todo daba á entender que á este animal deben pertenecer.

En cuanto á la desmesurada magnitud de las pisadas, exageradas sin duda por los cazadores, nada pueden probar puesto que en una superficie húmeda, en un parage donde con frecuencia tiembla la tierra y que está tapizada de musgo y raíces, es fácil concebir que una pisada pequeña puede hacerse bien grande. Además, animales de poca talla tienen los pies muy desmesurados en proporción, y en consecuencia podremos decir que de unas pisadas por grandes que sean, no se pueden deducir las dimensiones del animal que las ha producido.

Por lo que hace al pelo hallado en el árbol es cierto que no podía ser ni de un gazapo ni de un mono, pero ¿se podrá afirmar que no sea de un oso, animal bien comun en la Cordillera, y que al trepar á un árbol, según su costumbre, allí le haya dejado? Finalmente, dice Mr. Roulin que un gran número de monas reales y verdaderas viniendo á apoyar un hecho cualquiera, aumentado por el espanto, han hecho creer entre los indios la existencia de un ser como el Pinchaque.»

pero sería imposible en el país que yo iba á recorrer, en el cual necesita el indio de todo su aplomo y sangre fría, una gran fuerza, mucha destreza, y reducir lo posible el volumen de su carga.

Mi traje se componía, según se vé en la lámina, de unos calzoncillos de lana, un sombrero de hojas de banano construido en Sebundoí, una capa de paja hecha por los habitantes de Mocoa, y unas alpargatas. Bien se vé que no estaría con tal traje muy preservado del frío, y sin embargo íbamos á atravesar un volcan cuya cúspide estaba elevada mas de 10,000 pies sobre el nivel del mar y combatida de ventiscas y vientos tan frios que con frecuencia mataba á los indios. Así es que tienen buen cuidado de consultar el cielo, y cuando calculan que habrá temporal, por nada de este mundo se ponen en camino. Los meses mas peligrosos del año son desde mayo hasta agosto.

Íbamos acompañados el cura y yo de los estriberos, desocupados de la muger portadora de los pollos, del camareiro y del cucauro. Caminaban nuestros conductores por entre matorrales que hacían correr sangre por mis piernas desnudas, cuando ví un puente de 12 pies de largo, hecho de un solo tronco de árbol sin ramas, por debajo del cual corría un torrente lleno de guijarros puntiagudos y de 15 pies poco mas ó menos de profundidad, que es el que representa el grabado de la cabeza. Hice mis observaciones al conductor, quien me respondió que aun encontraríamos otros mas largos, y sin detenerse un momento principió á pasar el puente como si fuera un verdadero equilibrista, después de haberme encargado no me moviese, y que si tenía miedo cerrase los ojos, pero los llevé bien abiertos sin hacer caso de nada. Continuamos de esta manera encontrando á cada paso nuevas dificultades que superaban mis estriberos con una destreza igual á su fuerza, y en fin llegamos á la cima del volcan á la sazón en que caía una lluvia menuda acompañada de un viento que mis indios calificaron con el epíteto de nómaló. Con todo sentí mas frío en este punto que en la Rusia por el mes de Enero. Tan pronto como llegamos á la meseta de la montaña los indios de mi compañía arrancaron ciertas hojas con las que se cubrían las orejas: observé que estas hojas eran lanudas y calientes, y no deje de aprovecharme de la esperiencia de mis acompañantes. Continuamos nuestro camino por espacio de ocho horas, pasando algunas veces por barrancos y rocas tan estrechas que me desollaron las rodillas, sorprendiéndonos la noche en esta planicie glacial menos dichoso que mi compañero el señor cura, quien me había adelantado. A éste, que se llamaba D. Fernando, había seguido el cucauro y la muger; de consiguiente me quedé á pasar esta triste noche con mis estriberos y el camero. El hambre nos aquejaba, y el frío nos tenía medio helados, pero yo hice que cortaran gran cantidad de hojas y flores parecidas á las que se habían puesto en las orejas; dispuse reunir las en seis montones y después de haber dejado de llover, encendimos cuatro hogueras para calentarnos y alejar los osos y animales feroces que pudiesen acometernos; en seguida los indios calentaron agua y echaron en ella un poco de harina de maíz, único alimento de que podíamos disponer.

El escaso aguardiente que aun quedaba en mi botella lo repartimos como buenos hermanos, y después de habernos calentado perfectamente, cada uno se enterró en su montón de hojas haciendo el uso de colchon y manta: así pasamos la noche. Por reconocimiento al beneficio que nos habían hecho, llevé con mucho cuidado algunas de estas flores y hojas, y examinadas por los profesores del museo de historia natural, convinieron que era esta planta de nueva especie y parecida á la *Espeletia grandiflora*. Podrían sin duda utilizarse estas hojas, porque examinadas al microscopio, no se diferencian de las del algodón, sino porque en cada filamento tiene nudos de trecho en trecho como el bambú, y al tacto es mas suave que las del algodón.

Al siguiente día 6 de Marzo continuamos nuestra marcha en dirección á Santiago: apenas habríamos andado media legua, y ya la vegetación presentaba otro aspecto. Bajamos un poco y nos hallamos al abrigo de los vientos frios. A la verdad que hubiera sido bien difícil caminar, y acaso imposible, por este sitio, si los indios no hubiesen tomado en tiempo seco la precaución de derribar una gran porción de árboles que habían colocado uno tras otro, caminando por cima de ellos. Muchas veces atravesamos puentes de 20 y 30 pies, bajo los cuales había horriblos precipicios, pero fuimos felices porque ninguna desgracia nos ocurrió.

No lo fué tanto uno de los indios que llevaban las maletas, porque le hallamos al lado de su fardo con una pierna rota. Los estriberos lo condujeron hasta el lugar vecino, abando-

nando mi maleta que contenía los mas preciosos objetos que yo llevaba.

(Continuará.)



Un día bien empleado, ó la vida de un ministro.

No se crea que un ministro deja de ser madrugador. ¿Veis qué riguroso es el invierno en Madrid? pues ya antes de las ocho despierta á su esclencia, no su paje, porque esto no es hoy de moda, sino un criado decente que le ayuda á vestir en calidad de ayuda de cámara. Uno de estos, vivo como una centella, hábil y no poco ladino, habia ganado la confianza de su amo, porque le servia bien, porque adivinaba sus pensamientos, porque le escribía su correspondencia particular y muchas cosas reservadas, pues el mozo habia tenido maña de hacer comprender á su amo que nada entendía ni de lo que escribía, ni de los recados que llevaba á casa de una cierta dama que era la señora de sus pensamientos, y el consuelo de sus cuitas. Con este mozo llegué á tener por una casualidad íntima amistad: tuve encargo de verle para darle una carta de un amigo suyo, y habiéndonos tratado con este motivo se me aficionó muy particularmente, atribuyéndolo yo á mi franqueza y desinterés. Siempre que estaba desocupado venia á visitarme; y mientras su amo se hallaba en el Congreso, ó en algun banquete, ó en las funciones del Liceo, venia á pasar algunos ratos á mi casa. Por Pablito, que de esta manera lo llamaba su amo, supe yo cuanto voy á referir: mi ocupacion, pues, está limitada á escribir lo que recuerdo de las conversaciones de mi amigo Pablo. Debo advertir que este solia acompañar á su amo á la secretaria, y que en una piececita inmediata al despacho del ministro, escribía lo que aquel le encargaba.

Una mañana muy fria, abría Pablo las ventanas de la habitacion de su amo diciendo en su interior: «Me dá lástima llamarle tan temprano; anoche ha estado en el baile del embajador de Inglaterra, y no ha venido hasta las tres de la mañana... ¡pero me tiene tan encargado que le llame antes de las ocho!... ¡Qué maldita vida es esta de ministro! Sobre que no hay una hora de descanso para este buen

señor desde que fué honrado con la confianza de la corona, y merece la de los cuerpos colegisladores!»

Estas últimas palabras que pronunciaba Pablo con cierto énfasis y hablando solo, indicaron á su amo ya despierto que era hora de levantarse. Se viste de prisa, se pone de bata y gorro y se sienta en su bufete, donde se ocupa en repasar los periódicos. Entretanto lo interrumpen en esta tarea algunos amigos de confianza que entran y salen. Dirigiéndose á uno le dice: ¿ha visto usted hoy los periódicos de la oposicion?

—No; no me los llevan tan temprano; ¿traen algo de particular?

—No; las injurias de siempre contra el ministerio: hoy nos dirige *el Clamor* unos sonetos de consonante forzado, que por cierto no me parecen gran cosa.

—Ha recibido usted algunos de los periódicos independientes?

—Sí, aquí tengo *el Heraldo*, *el Popular*, *la España*... Dicen poco de mi discurso de ayer... alguna intriga debe haber en esto... yo la descubriré... amigo, dispénceme usted que voy á prepararme para la discusion de hoy en el Congreso: tengo que reunir algunos datos, y que hacer algunas apuntaciones para contestar á la oposicion.

—En Francia se facilita mucho ese trabajo, y los ministros tienen mas descanso, pues los oficiales de los ministerios, cada cual en los negocios que le pertenecen, y sobre los cuales se presentan proyectos á las cámaras, tienen buen cuidado de formar para uso de sus jefes notas bien detalladas y precisas, que le suministren cuantos argumentos pueden desear en las cuestiones que se agitan... deo á Vd.; luego nos veremos; no es tan urgente lo que tengo que decirle.

Habiéndose este marchado, no tardó en presentarse otro, que parecia diputado por el terno con que se esplacaba, y por la franqueza con que trataba al ministro. Apenas entró, lo recibió éste con el mayor agasajo y confianza: ¿qué tenemos de nuevo? le dice, ¿ha estado Vd. anoche en el Circo? hubo mucha gente con motivo de asistir SS. MM.?

—Anoche me fui al Ateneo para oír al señor don Antonio, y despues ya tarde fui á la funcion del Liceo:

—Vamos, ¿y qué ha oído Vd.?

—Nada; se dice que en breve debe ocurrir un cambio ministerial; que no están Vds. muy bien avenidos entre sí.

—Pero hombre, ¿en qué puede fundarse ni la dimisión ni la modificación de un gabinete que tiene en su apoyo la mayoría de las Cortes?

—Sí, pero tiene muchos y poderosos enemigos... antes que se me olvide, tiene Vd. muy enfadado á un diputado de la oposicion; porque no se acuerda Vd. de la palabra que le dió de atender á su sobrino.

—Dígale Vd. que hoy mismo quedará despachado..... (á Pablo que en aquel momento ponía el almuerzo sobre un velador): Recuérdame luego, Pablo, que tengo que despachar un negocio del sobrino de un diputado.

Se despidió este amigo íntimo, y mientras acaba de almorzar el ministro, va dictando á Pablo varias apuntaciones que le han de servir para la discusion de aquel día en el Congreso. Concluidas estas operaciones, se viste de prisa, aunque con bastante esmero, y acompañado de Pablo se dirige á la secretaria, ocupando ambos el coche que á la puerta los esperaba. Llegan á la puerta del palacio ministerial: se apea primero Pablo y despues S. E. que sube precipitadamente las escaleras: atraviesa las antesalas con lijereza y garbo, con dignidad afectada y sin fijar la vista en ninguna parte. Algunos pretendientes, que lo esperaban para hablarle, no pueden alcanzarle, pues corriendo se mete en su despacho. A pocos momentos se oyen fieros campanillazos. Entra el portero mayor. Sale; avisa al oficial mayor que entre inmediatamente. Entre tanto Pablo se había dirigido á un despachito inmediato al de S. E. donde se ocupaba en repasar los periódicos y en coordinar los papeles. Vuelve á sonar la campanilla y entra

El portero mayor: Señor!!....

El ministro: Que no se me pase recado de nadie. Hoy estoy muy ocupado.

El mayor: Mire Vd. que hace ocho días que no se resuelve ningun espediente, y que los oficiales se quejan de que no tienen firma, porque no han podido estender ninguna resolucíon.

El ministro: Hoy vamos á ponernos al corriente. Hasta las dos que iré al Congreso, me ocuparé en despachar con todos los oficiales... entre paréntesis: ¿estuvo Vd. ayer en el Congreso? ¿se dijo algo en la sala de conferencias?

El mayor: Parece que la oposicion se aumenta de día en día, y que muchos diputados votan con el ministerio por compromisos de delicadeza. Unos acusan al ministerio de que no hace nada por sus amigos; otros de que no se dirige por un sistema bien entendido; y otros en fin de que no usa de ninguna condescendencia con la mayoría desde el momento en que se cree seguro de ella.

Interrumpe esta conversacion el portero mayor... ¡Señor!

El ministro: ¿No he dicho que hoy no quiero recibir á nadie?

El portero mayor: Es un señor diputado, que dice que para él siempre que se presenta está V. E. visible.

El ministro: Bien, que entre... ¡fastidioso!... lo menos me va á hacer perder una hora... ¡si se supiese los sacrificios que cuesta tener á su disposicion los votos de estos hombres!... Señor mayor, si se entretiene mucho, entre Vd. con cualquier pretesto para que se marche.

El diputado: ¡Oh, señor ministro!

El ministro: ¡Señor don Martin! ¿Vd. por aquí? yo creí que Vd. me tenía ya completamente olvidado... vamos, ¿cómo se siente Vd. de salud? ¿y la señora está buena? discúlpeme Vd. con ella, porque mis muchas ocupaciones, que á Vd. le constan, no me han permitido todavía ir á ponerme á sus pies, desde que Vds. llegaron á Madrid.

El diputado: Vd. siempre tiene cumplido con nosotros. Déjese Vd. de ceremonia... yo que estoy mas desocupado, vengo por aquí solo por tener el gusto de saludar á Vd. Ya sabe Vd. que yo no le he de incomodar para nada, ni nada le he de pedir. Así le decía yo el otro día á un diputado por Valencia delante de la chimenea de la sala de conferencia: «mi opinion no puede ser sospechosa porque es desinteresada.» Y convino conmigo. Nada: á Vd. no le faltarán visitas de famélicos y pedigüeños.

El ministro: ¡Si todos fueran como Vd. y otros!...

El diputado: Yo estimo á Vd. sinceramente, como á un amigo antiguo, pero tengo una satisfaccion en poder decir, que aunque no necesito de Vd. para nada ni de ninguno de sus compañeros, no hay otro mas decidido que yo

por Vds.: no me acuerdo de haber votado una sola vez contra el ministerio!

El ministro: ¡Oh, sí! en efecto; estamos muy satisfechos de Vd.

El diputado: Y el cuidado con que yo estoy para pedir en los momentos mas críticos, que se declare el punto suficientemente discutido! Y los aplausos con que interrumpo al final de un hermoso período los discursos de nuestros amigos, de cuyos aplausos tiene buen cuidado de hacer mencion la Gaceta. ¡Y los votos que yo he proporcionado catequizando á muchos diputados!

El ministro: (aparte) Algo me quiere este cuando me presenta su relación de méritos. (Alto) Estamos satisfechos de que es Vd. uno de nuestros mas fieles amigos, no lo olvidamos.

El diputado: Quiero dar á Vd. una nueva prueba de ello. Acaba de vacar la administracion de rentas de la provincia de... por donde es Vd. diputado; y para que siempre que sea necesario pueda trabajarse con éxito en favor de Vd., conviene que la eleccion recaiga en una persona de confianza y de celo, de habilidad, de inteligencia laboriosa y de conocimiento del mundo y de los hombres. Vengo á proponerle á Vd. uno á cuyo favor no me habla la sangre, sino su mérito, y la ocasion de hacer á Vd. un gran servicio y de probarle mi amistad. Pocos mozos podrían servir al gobierno en ese destino como mi sobrino! jamás ha querido pretender! en esta parte es lo mismo que yo.

En este momento interrumpe la conversacion el subsecretario, diciendo: «mire Vd. que hay mucha firma retrasada, y que entre ella hay cosas muy urgentes.»

El ministro: Al momento; tráigame Vd. lo mas urgente, pues tengo que marcharme inmediatamente al consejo de ministros... Señor don Martin, quedo hecho cargo de lo que usted me indica: otro día hablaremos.

El diputado: Pues bien, no lo olvide Vd., y esté Vd. seguro de que no lo dejaré de la mano hasta que la cosa se haga: esta noche misma me tiene Vd. aquí otra vez. Como no se trata de cosa mia, sino de hacer un servicio al ministerio, nada omitiré aunque me haga importuno. Ustedes necesitan tener en todas las provincias jefes de confianza y decididos. La de Vd. es de las mas delicadas para las autoridades: están en ellas las pasiones muy enconadas, y los partidos se hacen una guerra encarnizada: y es preciso, como suele decirse, una mano de hierro con un guante de terciopelo. Y por consiguiente, cuando yo conozco un hombre á propósito para influir en aquella provincia, no creo que debo dejar de indicarlo por la consideracion de que sea sobrino mio. Todos saben ya mi desinterés.

El ministro: Oh, sí! doy á Vd. gracias por su aviso: hablaremos otro día mas despacio.

El diputado: Yo con el mayor desinterés no he podido menos de decir á Vd. la verdad, lo que conviene á Vd. y á aquella provincia. Ya está Vd. advertido y á mí no me toca mas.

El ministro: (sentándose en su bufete para despachar la firma que le presenta el subsecretario que entra.) No olvidaré la recomendacion de Vd.

El diputado: ¡Mi recomendacion! no; es una prueba de interés y de amistad que doy á Vd.

El ministro: Sea así; pero hablemos de otra cosa. Vd. que trata tanta gente, y que sabe mejor que nadie lo que se piensa, puede decirnos algo de lo que se dice del ministerio.

El diputado: El ministerio tiene muchos amigos: pero mas tendria si tuviese mas deferencia con ellos; yo no hablo por mí, pero oigo que acerca de esto se manifiesta no poco descontento.

El ministro: Pero ¿qué juicio se forma de nuestro sistema y de nuestra marcha política? ¿del impulso que damos al establecimiento de caminos de hierro? ¿de las mejoras que se van introduciendo en los presidios? ¿de la nueva organizacion que nos proponemos dar á la hacienda pública? ¿de la solicitud con que cuidamos de las obligaciones del culto, y del mantenimiento del clero y de las religiosas? ¿de la predileccion que nos merecen los acreedores del Estado? ¿y qué por último, del cuidado con que proyectamos moralizar la sociedad destruyendo la vagancia, que es la polilla y la hez de aquella?

El diputado: Todo eso está muy bueno, pero no basta para dejar á todos contentos... mire Vd... el otro día le he dado á Vd. una lista de cuatro ó cinco electores influyentes

de mi provincia, cuyas pretensiones eran muy justas, y Vd. las ha olvidado; yo por mi parte no tengo en ellas el menor interés, porque no quiero ser reelegido; pero ya ve Vd., si no comprometemos á estos hombres, yo no diré que voten con los candidatos progresistas ó absolutistas; pero cuando llegue el caso de nuevas elecciones, no trabajarán en favor de Vds.; y si se quedan quietos en sus casas, vendrán al Congreso diputados enemigos del gobierno... Hablando francamente, ¿cómo quieren Vds. que trabajen por el ministerio, que promuevan reuniones de electores, que tomen el caballo y vayan por los partidos á ganar votos, si se vé á Vds. tan indiferentes con sus amigos? Siento haber hablado á Vd. tan claro: pero Vd. tiene la culpa, que me ha provocado á ello... dejó á Vd. trabajar; hasta despues.

El ministro: (mientras firma.) ¡Qué hombre tan pesado! y siempre con el desinterés en la boca... cuando acabemos la firma, tráigame Vd. los expedientes recomendados por diputados. Es menester ponerlos á parte, para despacharlos inmediatamente. ¡Qué quiere Vd., hay que tener mucha contemplación con ciertas exigencias!....

En este momento se abre la mampara; entra el ministro de... el subsecretario se retira haciendo una inclinación de cabeza, entre amistosa y respetuosa; y nuestro ministro se levanta para saludar á su colega que se dirige hácia la chimenea, diciendo:

—Me escapo un momento para venir á hablar con Vd... Hace una porción de días que ni despacho ni firmo nada. Los consejos de ministros, los debates parlamentarios, los banquetes diplomáticos, las conferencias con las comisiones del Congreso y del Senado, recibir á los senadores y diputados que van á vernos, y asistir á los bailes á que somos convidados, absorben todo el tiempo de que podemos disponer... Si viera Vd. aquellos ministros ingleses cómo tienen tiempo para descansar, para asistir á partidas de caza, para meditar sus resoluciones....

El ministro: Ya lo sé: lo he visto antes que Vd... pero vamos, ¿ha ocurrido algo de nuevo?

Su colega: No; nada de particular; pero queria hacer observar á Vd. que la oposicion se va cada dia engrosando y que hoy me temo... ¡aquí se pierde el prestigio tan pronto!

El ministro: No importa, yo estoy seguro del resultado de las votaciones, y lo que es el número está á nuestro favor. Deje Vd. que griten cuanto quieran; nosotros podemos estar tranquilos... Pero observó Vd. ayer una poca de extrañeza en nuestro compañero C.?... Me pareció notar como que nos ocultaba alguna circunstancia de aquel mismo asunto de que tratábamos... Amigo, sus visitas á casa de... se me hacen muy sospechosas.

Su colega: Nada de lo que proyectan nuestros contrarios me parece realizable por ahora. Los sistemas que ellos se proponen son imposibles, como exclusivos y como extremos. Creo que si hay algun sistema acomodado á las circunstancias presentes, es el nuestro, porque está deducido de un conocimiento completo de ellas y de sus verdaderas y legítimas necesidades.

El ministro: En efecto, es así; pero yo quisiera que las intrigas que se fraguan contra nosotros no tuviesen el poder; en primer lugar, de ofrecernos resistencias hasta cierto punto invencibles; y en segundo lugar, de alterar la confianza y buena armonía que debe reinar en el seno del gabinete.

Su colega: Vd. no debe extrañar ni asombrarse de que trabajen contra nosotros nuestros mas antiguos é íntimos amigos.... Tiene tantos golosos la cartera de hacienda para el que pretende hacer una gran fortuna ó reparar la que ha perdido?.... ¿Y quiere Vd. que á su amistad ó á nuestros principios políticos sacrifique ninguno una brillante expectativa?... Hoy nos quejamos de la inmoralidad, y sobre esto predicamos *ex cathedra*, sin tener presente que este *virus* se ha difundido entre nosotros desde las clases superiores de la sociedad, que han escandalizado y corrompido á las demas. ¿Creemos que no hay mas principio de corrupcion que el que se propone atajar la ley de vagos?

El ministro: Vamos, dejémonos de moralidades. Esta noche nos reuniremos aquí para combinar despacio los medios de conjurar la tempestad que nos amenaza.... Se nos tiende una red muy sutil, y es preciso desbaratarla sin que se eche de ver.

Su colega: (Le da la mano muy epretada). Hasta despues.

El subsecretario que entra: Aquí traigo un proyecto de ley, que puede Vd. presentar á las Cortes cuando Vd. quiera.

El ministro: ¿Lo ha visto Vd.?

El subsecretario: Aun no he tenido tiempo. Me lo acaba de entregar el oficial de la mesa.

El ministro: ¿Pero éste lo habrá visto?

El subsecretario: Creo que tampoco, porque en este momento se ha recibido bajo un sobre, remitido por aquel amigo á quien encargó Vd. su formacion.

El ministro: Corriente: estará bien; despues lo veré cuando se imprima y se haya de discutir. Nunca será malo que tenga algunos defectillos para que puedan acreditar su celo é inteligencia las comisiones de los cuerpos colegisladores... Bueno, que se entretengan con estas cosas, y que no nos aburran con interpelaciones ni promoviendo cuestiones de gabinete.

Pablo sale del despacho reservado del ministro, y le presenta una esquila que éste lee inmediatamente.

El ministro: (al subsecretario): Me hacen una recomendacion á que no puedo huir la cara, para la plaza que hay vacante en esta secretaria.

El subsecretario: Tenga Vd. presente que le ha dado ya palabra al señor ministro de E... que se la pidió para su sobrino, que acaba de salir de las Escuelas Pías hace mas de cinco meses, y aun todavía no está colocado.

El ministro: En efecto (aparte). ¡Qué fatalidad! que tenga uno que otorgar las gracias á las personas que aborrece y que teme, antes que á las que ama, como yo amo á la hermosa marquesa que me acaba de escribir! Ayer abracé á un antiguo compañero de colegio; le ofrecí mi poder; me pidió una plaza en la secretaria de una direccion general; se la ofrecí; pues no pude dársela porque se habia acordado en ciertos círculos que aquel destino fuese para una persona que habia prestado ciertos servicios... ¡Qué ilusion es el poder!.... Qué bien decia un magistrado: si no hacemos lo que queremos, de qué sirve lo que podemos!....

Saca el reloj: son las tres: (dice) no puedo detenerme mas: me marchó al Senado á bregar con la terquedad de aquellos viejos.... Mis compañeros tienen hoy que asistir al Congreso, y hemos quedado en ir dos al Senado para que haya alguien en aquel banco negro.... Despues de concluidas las sesiones, tenemos hoy comida en casa del embajador de.... En seguida tenemos que presentarnos en el Liceo, porque asisten SS. MM. y es preciso estar allí para recibirlas y despedirlas. Apenas se acabe la funcion, tendremos consejo de ministros en la secretaria de Estado. Cuide Vd. de enviarme allí la cartera. Desde palacio me vendrá aquí en derechura.

Sale corriendo: Pablo le sigue con la cartera debajo del brazo. Entra en el salon del Senado: saluda afectuosamente al señor Presidente: ocupa su banco; y apenas puede prestar atencion al discurso que se está pronunciando, porque sucesivamente se van sentando á su lado muchos senadores, que van á saludarle, hablándole al oido, y dándole un papelito. Recorre este con la vista nuestro ministro, y se lo guarda, pronunciando algunos monosílabos, que dejan muy confiado al que lo dá. En esto se declaró el punto suficientemente discutido: se pasó á la discusion de los artículos, que fueron aprobados sin tropiezo; y se levantó la sesion. Sale el ministro, y se dirige al Congreso á reforzar el banco que ocupan sus compañeros: mientras habla un orador pesado, y quedan desiertos los bancos de los diputados, se entretienen los ministros en hablar unos con otros. Pasan las horas de reglamento: se acaba tambien esta sesion sin novedad: se dirigen los ministros al banquete, etc., etc. Las dos y media eran, cuando el nuestro atravesaba las antecámaras silenciosas de su secretaria, alumbradas por luces moribundas. Se sienta á un lado de la chimenea, é inmediatamente se presenta el subsecretario.

El ministro: Amigo, estoy rendido!... pero vengo con ánimo de despachar mucho. Que venga cualquiera de los jefes de seccion.

Sale el subsecretario y entra uno de estos con un legajo de papeles. Se sienta delante de un velador, que está en frente de la chimenea. Principia á leer los extractos de los expedientes. Le interrumpe.

El ministro: Qué bien ha salido esta noche la funcion del Liceo!... ¿Ha estado Vd. en el Circo?... Confieso que me gustan mucho la Tossi y Moriani, y que me hacen pasar mejor el rato que con las diabluras de la Guy-Stephan y Petipá.

El jefe de seccion: Convento con Vd.; pero el espectáculo de los grandes bailes del Circo es sorprendente y admirable...

El ministro: Vamos, siga Vd.... á qué se reduce esa larga relacion?

El jefe de seccion: Que el ayuntamiento de Garrobillas solicita la aprobacion de sus Ordenanzas.

El ministro: ¿Pone la mesa su parecer?... pues bien, con la mesa: otra cosa... Dejémonos de largas relaciones... al grano... lo que solicita.

Jefe de seccion: Don Pedro Hinestrosa solicita que se le permita abrir un canal de riego en la provincia de Valladolid con arreglo á las condiciones que propone...

El ministro: (Da algunas cabezadas y de pronto levanta la cabeza). ¿Ha informado la seccion de caminos? Yo no quiero separarme nunca del dictámen de las secciones respectivas... Ha oído Vd. hablar del desafio que ha habido esta mañana? ¿Pero se sabe el motivo?... (Al ministro se le abre la boca y vuelve á dar cabezadas).

Jefe de seccion: Vamos, Vd. está cansado, y ya han dado las tres. Dejaremos esto para mañana.

El ministro: Sí, mañana será otro día.

Pronunciando estas palabras, se dirige hácia la puerta, se despidе del jefe de seccion que lo sigue, y se retira yendo á buscar el coche que lo espera á la puerta. Al llegar á su casa le entregan una carta que abre y lee con interés, pues conoce la letra del sobre, que era de su amigo y compañero el ministro de... La carta que Pablo me enseñó el otro día, decia así: «Considerando, mi querido amigo, que ya no se hallaría Vd. en su secretaria, le dirijo esta á su casa para participarle con toda reserva, que en este momento acabo de saber que mañana en el consejo de ministros, para el que seremos citados á las doce, se ha de tratar de que todos hagamos dimision con motivo de que á la sesion del sábado se le ha querido dar una inteligencia política y significativa. Yo he querido con tiempo prevenir á Vd., para que tenga tiempo de pensar lo que más pueda acomodarle, pues se nos harán algunas ofertas que conviene no desperdiciar, y se nos preguntará qué es lo que queremos.—Mañana pasaré á ver á Vd. y le explicaré cómo se ha dispuesto la trama. Entretanto, queda de Vd. su mas intimo y constante amigo, etc.

El ministro: Pablo, ven á desnudarme... (Aparte.) Ahora ya tendré tiempo de descansar: saldré de esa maldita vida en que no hay una hora de sosiego, en que no se gana un verdadero amigo, en que es tan difícil hacer el bien, en que tiene uno que halagar y contemplar mas á sus enemigos que á sus amigos, mas á las personas que teme que á las que ama; y en que se compran las muestras exteriores de consideracion y respeto con todo género de abatimiento y humillaciones... Ay!!!...

EL LICENCIADO REDONDO.

EL NIÑO DESOBEDIENTE.

Comedia en dos actos.

Por D. Juan Eugenio Hartzenbusch (1).

ACTO PRIMERO.

(El teatro representa la entrada de un lugar: á un lado la casa de Marta, unos árboles en frente, un banco debajo de ellos, y campo en el fondo).

ESCENA I.

D. EUGENIO. MARTA. JUANILLO.

MARTA. Dios le premie á V. tanta bondad, señor don Eugenio. ¡Si mi pobre marido viviera!... él que queria tanto á su capitán! Loco se hubiera vuelto de alegría al verle despues de tantos años. No me son por mí propia tan apreciables las generosas ofertas de V., como por este infeliz que no tiene sino á su madre, de quien tan poco puede esperar.

EUGENIO. Marta, su hijo de V. puede esperar de mí todos los auxilios que necesite en la carrera que elija. Esto se entiende si se porta bien.

MARTA. Muchacho, ¿cómo se dice? ¿No das las gracias á este señor?

(1) Adoptado el SEMANARIO como lectura predilecta de las familias, y destinado por lo tanto á andar tambien en manos de los niños, debemos dedicar alguna vez cierta parte de nuestra publicacion á esta clase de lectores. La comedia del distinguido escritor don Juan Eugenio Hartzenbusch que hoy comenzamos á publicar, reúne á su argumento moral un interés general para toda clase de personas.

JUAN. Viva V. mil años.

EUGENIO. ¿Cómo me ha dicho V. que se llama, galán?

JUAN. Yo, Juanillo.

MARTA. Muchacho, ¿cómo se dice?

JUAN. Juan, para servir á V.

EUGENIO. Juanito, el maestro de escuela que me ha enseñado sus planas y sus cuentas de V., me ha dicho que es V. un niño aplicado y juicioso: estas prendas merecen una recompensa; y por ahora le presento á V., no un juguete para enredar, sino este curioso estuche, donde tiene V. tintero, plumas y papel. (Da un estuche á Juanito que lo abre y registra con ansia y alegría).

JUAN. ¡Ay qué bonito! y con labores doradas y todo! ¡Anda! cuando lo vean en la escuela!...

MARTA. Pero, muchacho, ¿cómo se dice?

JUAN. ¡Ah! sí. Muchas gracias. Madre, madre; ¡este sí que es papel bueno, y no el que vende el tío Pasmarrón! ¡Ay! y un cortaplumas! Mire V., madre, mire V.

MARTA. ¿Y cómo piensas tú corresponder á los favores de este caballero?

EUGENIO. En efecto, yo soy algo interesado, y no hago nada de valde. Yo quisiera saber qué podría prometerme del buen Juanito, no por esa bagatela, sino por otras cosas de mas importancia que me propongo hacer por él.

JUAN. ¿Y qué quiere V. que yo le prometa sino tengo nada que dar? ¿Quiere V. mi trompo? (Sacándolo del bolsillo y presentándoselo.) Tómele V.

MARTA. Chico.

JUAN. Tambien tengo un par de zancos muy altos y muy fuertes. Si le hacen á V...

MARTA. Muchacho.

JUAN. Lo que sí voy á dar al señor es la marica que yo he criado. ¡Verá V. qué guapa! ¡Y qué picara es! lo que sabe la malvada! No le falta mas que hablar.

EUGENIO. No, gracias: lo que yo exijo de V. es que siga siendo estudioso y obediente á su madre. Cuidado con esto último. Para mí no puede tener falta mayor un muchacho que ser inobediente. Dios ha querido al fin de mis días darme riquezas y privarme de parientes: mis bienes pertenecen á los necesitados y principalmente á la infancia desvalida, pero el niño que falte á la sumision que debe á sus padres no tiene que contar nunca conmigo.

MARTA. Ya lo oyes: me parece que no querrás darme que sentir.

JUAN. No señora, yo haré siempre lo que V. me mande.

MARTA. Mira que lo prometes delante de tu bienhechor.

EUGENIO. Y que ninguno está mas interesado que él en cumplirlo.

JUAN. Vds. lo verán. Sí, yo quiero mucho á mi madre, y hago siempre lo que me dice su merced. ¡Vaya! que diga si no estoy aguardando siempre que me mande traer pan del horno, y sacar zanahorias de la huerta y alcanzar ubas de la parra, para ir á obedecerla mas listo que cardona.

EUGENIO. Yo celebraré mucho que V. ejecute todas sus demás órdenes con igual prontitud y celo. Con que, amiga Marta, yo me vuelvo á mi posesion antes que se haga mas tarde.

JUAN. ¿Voy á decir al mozo que le traiga á V. aquí el caballo?

EUGENIO. ¿Para qué, si le tengo allí mas al paso? Marta, cuide usted de su hijo, que si se hace acreedor á mi proteccion yo le serviré de padre.

MARTA. El cielo le colme á V. de bendiciones.

JUAN. (Despues de haber besado la mano á don Eugenio, advertido por Marta). Vaya V. con Dios, señor don Eugenio.

EUGENIO. Obediencia á la madre, ó no hay nada de lo dicho: porque...

Tan necio como seria quien en profunda ceguera la direccion no siguiera que le indicara su guia, tan insana es la osadia del niño que obedecer no quiere al que debe el ser, y presumiendo que sabe, riesgo ninguno precave y en todos viene á caer. Pero no tan solamente

procede como insensato,
es además un ingrato
el niño desobediente.
Suda la paterna frente
en su obsequio y asistencia,
preceden á su existencia
los desvelos maternos,
¡y él á beneficios tales
niega un pago de obediencia!
¿Y cómo á la sociedad
tendrá respeto después
el niño que indócil es
del padre á la autoridad?
Pero á su indocilidad
la ley opondrá el rigor,
y sobre el que huyó de amor
el dulce y dichoso yugo
quizá descargue un verdugo
su cuchillo vengador.

JUAN. ¡Zape!

MARTA. Mira á lo que te espones si no eres bueno.

EUGENIO. Meditar esta lección y no olvidarla nunca. Hasta otro día. (Vase.)

ESCENA II.

MARTA. JUANITO.

MARTA. Hijo mío, ya ves que no tengo sino á tí, ya ves si te quiero: acabas de pasar una enfermedad violenta, y mis cuidados, mis inquietudes, mis lágrimas que á veces no he podido contener, te han podido manifestar mi cariño. Dios ha premiado mis afanes con tu salud, y he vuelto á vivir alegre, á ser feliz. Otras mil pruebas tienes también de lo que te amo. A pesar de nuestra pobreza, ningún muchacho del pueblo anda mas limpio ni mas aseado que tú, porque tú eres el espejo en que se mira tu madre; ninguno ha sido criado con el amor y la dulzura que tú. Como hijo estás obligado á obedecerme, porque por mí vives, pero hay además otra razón para que me estés sumiso: tu mismo bien, tu interés propio. Tú no puedes saber en tus pocos años si de tus acciones te puede resultar utilidad ó perjuicio: la experiencia me ha enseñado á mí á conocer esto, y el amor materno á emplear mi experiencia en beneficio tuyo. Te prohibí el domingo pasado que fueses al monte; tú lloraste porque no condescendí con tus deseos; ya sabes la desgracia de ese pobre mozo de la villa inmediata. Devorado el infeliz por los lobos, su roído esqueleto ha sido hallado en lo mas espeso del bosque, y solo por los pedazos de sus vestidos fué posible conocerle. Me parece que no estrañarás que te repita la misma orden, y que te habrás persuadido de que te conviene respetarla.

JUAN. Sí, madre, sí. Mire V., lo que es yo de buena gana iría al monte á coger fresas para merendar. Me gusta mucho la fresa, pero no me gustaría que los lobos me merendasen á mí. En fin, ya que no sea la merienda en el monte, la tendré en casa: ¿no es verdad, madre-cita? (Acariciándola).

MARTA. ¡Comilon!

JUAN. Vamos, ¿qué me vá V. á dar?

MARTA. ¿Qué quieres mas? ¿Unas pasas ó una torta?

JUAN. Déme V. una buena almorzada de pasas, y me las comeré con una torta.

MARTA. (Sonriéndose). ¿Cómo se entiende? O uno ú otro.

JUAN. Toma, ya se ha reído V., ya tengo entrambas cosas.

MARTA. Bien, pero con la condición de que no has de ir á buscar á Tomasito, el hijo del herrero. Ese chico te echa á perder.

JUAN. No le dé á V. cuidado, madre: libre está que vaya yo á buscarle donde ahora se halla.

MARTA. ¿Cómo?

JUAN. Le tiene encerrado su padre por la diablura que ha hecho hoy en la misa mayor.

MARTA. ¿Pues qué ha hecho?

JUAN. No dejar á la gente oír el sermón, ni al padre predicarlo. Se escondió en un rincón del coro con una carraca que puesta en el campanario se puede oír de media legua, y fué llevando con ella el compás de las palabras del predicador. Hablaba el padre Froilan de las penas del purgatorio... y Tomasillo, rac carrac, rac carrac. Decía el padre que hay hogueras en el infierno y calderas de pez, y que los condenados rechinan los dientes... y To-

masillo, rac carrac, rac carrac, dale que dale. Con que el tio herrero agarró á su hijo al salir de la iglesia, le ató al ayunque, le puso las costillas como chupa de dómine, y le ha encerrado para tenerle ocho días á pan y agua, dejándole la carraca para que se entretenga.

MARTA. No merece menos una travesura de esa especie. Ese chico ha de dar mil pesadumbres á sus padres, y yo no quiero que tú me las des, imitando sus malos ejemplos. Mira que te prohibo que te acompañes con él: cuenta con no olvidarlo.

JUAN. Corriente; pero no olvide V. tampoco lo que me ha dicho.

MARTA. Voy á sacarte de merendar. (Vase.)

ESCENA III.

JUANITO Y TOMÁS (al paño).

TOMÁS. (Asomando la cabeza por detrás de la esquina de la casa de Marta). ¿Merendar dijiste? Para quien está condenado á ocho días de abstinencia, es cosa digna de atención.

JUAN. (Abriendo el estuche que deja sobre el banco, y sacando de él las plumas). Voy á ver si acierto á cortar una pluma de estas. Confesemos que de algo sirve el portarse bien en la escuela: si yo hubiese sido un novillero enredador como Tomasillo, no tendría hoy un estuche tan majó, y tal vez tendría zurras y encierros y ayunos.

TOMÁS. (Aparte). Lo último es lo malo: de lo demás ya hemos salido.

ESCENA IV.

MARTA. JUANILLO. TOMÁS, (oculto).

MARTA. (Cerrando la puerta de su casa). No te apartes de aquí por si viene alguien, mientras voy á ver qué me quiere la vecina, que me envió á llamar antes que llegara don Eugenio.

JUAN. Pero ¿no me deja V. algo con que pasar el tiempo?

MARTA. (Sacando una torta y un cucurucho de pasas que dá á su hijo). Vamos, señor goloso, contétese V.

JUAN. ¡Cuánto la quiero á V., madre-cita de mi alma!

MARTA. ¡Lagoteró! ¡Qué buena maula te vas haciendo, gracias á mi bondad!

Ya que tan alegre estás
porque á tu gusto cedí,
piensa tú en dármele á mí,
y contenta me tendrás.
Cuidadosa me verás
entonces de tu regalo;
sino, aunque yo me señalo
mas por mi amoroso afán,
sabré como doy el pan,
aprender á darte el palo. (Vase).

ESCENA V.

JUANITO. TOMÁS, (oculto).

(Juanito vá á sentarse en el banco frente á la casa; se coloca á un lado sobre el mismo banco la torta y al otro las pasas, y se ocupa en cortar una pluma. Tomasito sin ser visto cruza el fondo del teatro y viene á situarse detrás de Juanito).

JUAN. (Tomando un pedacito de la torta). Sola mi madre sabe hacer estas tortas tan ricas.

TOMÁS. (Coge la torta y se la engulle vorazmente.) Pues el comérselas... lo hace cualquiera.—Si, á hurtado saben, que dicen es el sabor mas gustoso.

JUAN. (tomando unas pasas.) Esta vez no me ha escaseado las pasas.

TOMÁS. (Cogiendo las pasas y dejando el cucurucho vacío.) Contaría con el convidado.

JUAN. (Después de un corto rato en que ha estado cortando la pluma.) Pues señor, esta pluma ha de escribir muy bien de delgado: la probaré luego, que ahora hay otra cosa mas importante que hacer. (Va á coger la torta.) ¡Calla! ¿Y mi torta? ¿Y mis pasas? ¿Quién me las ha cogido?

TOMÁS. (Saliendo de detrás de los árboles con la boca llena.) No hay que hacer caso, que es persona de satisfacción.

JUAN. De demasiada segun veo. ¿Quién diantres te ha traído aquí tan á punto? ¿Sabes que no me divierte la gracia, Tomasillo?

TOMÁS. Hombre, entre dos que bien se quieren con uno que coma basta.

JUAN. Ese uno podía haber sido yo.

TOMÁS. Mas regular es que fuese el que tuviera mas hambre.

JUAN. ¿Y por qué he de venir yo á pagar tus diabluras? Bien dice mi madre que nada traen de bueno las malas compañías.

TOMAS. ¿Yo mala compañía? ¡Vaya! Según lo que yo sufro debo ser un santo sin remedio.

JUAN. ¡Buen santo nos de Dios! ¡Un saltador de meriendas!

TOMAS. Pues digo bien: mi padre, mi madre, mis hermanos, mis cuñadas, el maestro, todo el pueblo me zurra. Pellejo mas baqueteado que el mio no le tiene un tambor: este es un martirio capaz de santificar á un judío. Hazte el cargo, Juanito, hazte el cargo de que cuando la gazuza aprieta...

JUAN. ¿Con que no ha habido indulto de la pena de ayuno?

TOMAS. ¿Indulto para mí? A mí se me trata peor que á un faccioso.

JUAN. Ya, como tienes mucho de rebelde.

TOMAS. Sí yo no me hubiese valido de mis mañas, ahora estaría en el cuarto oscuro, aburrido de hallarme solo y con la tripa como cañon de órgano.

JUAN. ¿Te has escapado?

TOMAS. No, que no. Como mi casa tiene mas roturas que remiendos la saya de tia Cosijos, columbré una grieta por donde entraba la luz, empecé á quitar cantos y yeso, abrí un agujero capaz de mi cuerpo, y me vine á ver si me convidaba mi compañero Juanillo.

JUAN. En verdad que no has aguardado á que se te hiciera el convite.

TOMAS. Ahora iba yo á gastar ceremonias con un amigo.

JUAN. ¡Amigo, amigo! Maldita la honra ni provecho que me trae tu amistad. ¿Sabes lo que me ha dicho mi madre? Que no tenga que acompañarme contigo, porque eres un tuno que me echas á perder. Y tiene razon.

TOMAS. Pues señor, bueno: corriente. Aquí acabó nuestra amistad: por lo mismo no quiero quedarte á deber nada. Vente conmigo y te devolveré la merienda.

JUAN. No me puedo separar de aquí: y además, ¿dónde tienes tú?...

TOMAS. Mi dispensa, aunque algo distante, vale un poco mas que la tuya.

JUAN. Yo me alegraría de verla.

TOMAS. Pues tómame el trabajo de llegarte al monte conmigo. Veras allí que provision hay de fresas, madroños, espárragos, setas, criadillas de tierra, cagarrias, bellotas, á su tiempo, liebres, conejos...

JUAN. Y lobos á manta de Dios.

TOMAS. No hay dispensa libre de vichos.

JUAN. ¡Canario! y que crecidos son los de la tuya!

TOMAS. Con que fuera de chanza, ¿quieres venir?

JUAN. Ya te he dicho que no puedo apartarme de la casa.

TOMAS. Pues hombre, tú estás mas preso que yo.

JUAN. ¡Yo preso!

TOMAS. A ver. Si no puedes dar un paso fuera de aquí, lo mismo es que si estuvieras encerrado entre cuatro paredes. ¡Y en un domingo, en que todos los muchachos tienen el día por suyo! No hay duda que lo aprovechas bien.

JUAN. No tardará en venir mi madre de casa de la tia Perendenga, y entonces me dejará que vaya á jugar con los demas chicos al prado.

TOMAS. Si, espérala. En poniéndose á hablar la tia Perendenga, no acaba en dos horas, por poco que tenga que decir.

JUAN. ¡Caramba! pues á mí no me haria gracia estar aqui de centinela mientras los otros se están divirtiendo.

TOMAS. Y que te vas á quedar solo, porque yo me voy á marchar al instante.

JUAN. ¡Qué! ¿tan pronto me quieres dejar?

TOMAS. Como tu madre no quiere que te acompañes conmigo.

JUAN. Ya, pero...

TOMAS. Y como soy un tuno que te echa á perder...

JUAN. Anda, quédate otro rato todavía.

TOMAS. No señor, el tunante se va á paseo donde le da la gana, y el niño obediente se queda aquí hecho un pasmarote.

JUAN. A trueque de que mi madre no me riña, mas quiero quedarme.

TOMAS. Buen provecho. Diviértete, hijo. Yo voy á pasar la tarde en el monte hasta que oscurezca, y luego sin que nadie lo huela me soplo en mi calabozo y me zampo las provisiones que me haya agenciado.

JUAN. Anda con Dios.

TOMAS. Si estás por aquí cuando vuelva, partiremos la fresa que traiga.

JUAN. Si me trajeses un nido te lo agradecería mas.

TOMAS. ¿Tienes mas que venir conmigo y cojerlo tú?

JUAN. Luego me reñiría mi madre, y la verdad, no quiero disgustarla.

TOMAS. ¿Y qué costilla te romperá con sus regaños? Se la deja decir, se calla, se hacen cuatro zalamerías, y se sale del paso. ¡Aun si hubieses de llevar una mano de azotes como la que me ha sentado hoy mi padre...! ¡Canario! y qué modo de despolvorear! Un hormiguero traigo en las espaldas que me hace brincar de gozo. Pero si chasco como el de esta mañana no se ha visto. El fraile tan inquieto, tan parado, sin acertar á proseguir, el alcalde queriendo con los ojos ahogar el ruido que le incomodaba, las viejas refunfuñando, los chicos riendo, y yo impávido continuando mi carraqueo... ¡qué! no hay azotes con que pagar eso.

JUAN. Es que yo creo que todavía no has llevado por ello los últimos.

TOMAS. Pero yo me entretengo y la tarde va que vuela. Que juegues mucho: abur.

JUAN. Mira... ¿Hay mucha fresa ahora en el monte?

TOMAS. A espuertas se puede cojer. ¿Te determinas?

JUAN. Como me has dejado sin merendar... Si yo supiera que tardaba mi madre... Pero no, vete, vete.

TOMAS. (*Reparando en un látigo que hay en un rincón del teatro*) ¡Ola! qué látigo tan hermoso tienes. (*Haciéndole sonar.*)

JUAN. ¡Calla! el látigo de don Eugenio!

TOMAS. ¿Quién? ese caballero tan rico que vive en aquel cortijo, camino del monte?

JUAN. El mismo: estuvo aquí y se le ha dejado olvidado.

TOMAS. Hombre, pues debíamos ir á llevárselo.

JUAN. Ya se vé que sí. Mira tú; él ha sido el que me ha regalado este estuche.

TOMAS. Si no llevas su látigo, eres un desagradecido.

JUAN. Como que estoy obligado á hacerle este obsequio. ¿El cortijo no dista mas que un cuarto de legua, eh?

TOMAS. Escasamente: antes de una hora estamos de vuelta. Tu madre no te habrá echado de menos, y no sabrá nada.

JUAN. Y aunque lo sepa: se alegrará de que haya servido á mi bien hechor.

TOMAS. Por supuesto: vamos corriendo.

JUAN. Vamos allá, vamos.

Ya parto sin inquietud aunque me voy sin licencia, que si faltó á la obediencia, cumplo con la gratitud. (*Vanse.*)

(*Se continuará.*)

GEROGLIFICO.—La solucion en el número próximo.

